

16

WEYLER Y MACHADO

finis

Cuando a finales de 1934 y comienzos de 1935 publiqué en la revista habanera Carteles una serie de artículos críticos sobre el libro de Julio Romano - apoteosis de Valeriano Weyler -, tuve por de contado que se hicieran a mis trabajos dos géneros de observaciones, que en el fondo coincidirían, aunque las animara diversa y opuesta intención. Y tal como lo pensé, ocurrió.

Aunque fueron numerosas las adhesiones recibidas, semana tras semana, no sólo de la República, sino también, algunas, de Hispanoamérica, reveladoras de la satisfacción e identificación con la índole y alcance de dichos trabajos, no faltaron entre esos mismos encomiásticos juicios la alusión a Machado, en un paralelo que se juzgaba inevitable en aquellos momentos al escribirse sobre Weyler. Y tanto por cartas como personalmente, me formularon esta pregunta: "Ya qué está usted poniendo de relieve y criticando los crímenes cometidos por Weyler en Cuba, ¿por qué no completa su labor refiriéndose también a los crímenes de Machado?" Y algunos iban más allá en este paralelo de vidas delictuosas, enjuiciando inmediatamente el grado de criminosidad entre uno y otro de dichos gobernantes que Cuba padeció: "Machado fué mucho más cruel y sanguinario que Weyler, y hasta dejó chiquito a éste en las víctimas ocasionadas y en el daño hecho a Cuba".

Quienes así pensaban y razonaban eran desde luego, cubanos, y en su gran mayoría jóvenes, opositores a la tiranía machadista cuando esta existía y, por lo tanto, verdaderos y sinceros revolucionarios; o aprovechados seudorevolucionarios, de los que se lanzaron a la calle el 12 de agosto de 1933, dedicándose únicamente a la conquista de puestos burocráticos, como antes habían sido mercantilistas mantenedores de la tiranía, por acción directa en favor de ella o por omisión de todo acto contra la misma, hasta el día en que dejaron de disfrutar los beneficios que les prodigaban Machado y su camarilla.

Pude registrar también otra clase de observaciones a esos trabajos sobre Weyler. La de ciertos españoles radicados en Cuba, que no han podido, a pesar del tiempo transcurrido, desprenderse de la rancia intransigencia de los tiempos coloniales, que tan fatal fué para la causa del mantenimiento de la soberanía española en Cuba. Estos comentaristas no podían negar la realidad de los crímenes de Weyler en Cuba, pero les desagradaba que se recordasen; y, no siéndoles dable justificarlos, presentaban como impugnación a mis críticas, el desesperado recurso de preguntarme: "¿Por qué usted en lugar de hablar de Weyler no se ocupa de Machado, tanto o más criminal que aquel?".

Porque es asunto que no ha perdido interés en nuestros días, recojo aquí algunas de las manifestaciones que acerca de ese paralelo entre Weyler y Machado, hice en el número de 17 de febrero de 1935, de la revista Carteles.

¿Puede, en realidad, sin apasionamiento, ni de cubanos antimachadistas ni de anacrónicos españoles intransigentes, afirmarse que son vidas paralelas las de Weyler y Machado?

Sin vacilación alguna, contesto: no.

Es bueno que recuerde, ya que en Cuba se olvida pronto, que me precio de ser de los primeros entre los primeros que demostraron públicamente y de manera reiterada y constante su oposición a Machado desde los mismos inicios de su primer período presidencial. Esclarezco este punto, simplemente para dar mayor fuerza a mi argumentación en contra de esa pretendida identidad entre dos gobernantes criminales como fueron Weyler y Machado.

Y necesito también, con el mismo propósito, dejar constancia de la total ausencia en mí, por temperamento y por ideología, de toda hostilidad hacia el extranjero, ya sea un hombre, un pueblo o un Estado, de tal manera que me mueven sentimientos diversos al estudiar y censurar los defectos, vicios y males de nuestra patria o de otras patrias, porque lo único que veo son esos defectos, vicios y males en sí, por lo que tienen de daño que sufren hombres, importándome poco que esos hombres hayan nacido en esta Isla o en otras tierras. Por los mismos motivos, cuando ataco la actuación de un hombre público, gobernante, político, militar, no me detengo a descubrir, primero, la patria de ese mal gobernante, político o militar, ni aquella modifica tampoco la mayor o menor severidad en mis ataques. Es la nefasta actuación del hombre público, su mayor o menor delictuosidad atropellando y explo-

tando, valido de su cargo, a otros hombres, la base única de mi enjuiciamiento del personaje estudiado. Y en el problema de nuestra historia colonial, lo español no juega en mis trabajos históricos, por ser español, sino por la realidad misma, imprescindible de tener en cuenta y estudiar, como sostendría el propio Pero Grullo.

Weyler y Machado son dos representativos de la crueldad en España, en Hispanoamérica, y en Cuba. Y para no referirme, porque sólo ello me interesa ahora, más que a Cuba, nuestra historia, desde los primeros días de la conquista y colonización hasta los presentes republicanos, es una lucha, ruda y encarnizada, de unos contra otros por abrirse paso en la vida. Ayer, eran los conquistadores que en busca de fortuna acompañaron a Colón en su temeraria empresa. Después, los gobernantes que la ^Metrópoli enviaba a regir esta tierra y que sólo persiguieron también hacer fortuna. No han transcurrido suficientes generaciones ni se han realizado radicales renovaciones educativas y étnicas, para lograr la total desaparición, entre nosotros, de la crueldad hispana.

La crueldad de Weyler es la congénita de los conquistadores y los gobernantes metropolitanos. Como bien dice Francisco Figueras en su admirable obra Cuba y su evolución colonial, "el Descubrimiento fué una obra en buena parte encomendada a exgaleotes y a penados; y la conquista, a aventureros de todas las categorías, desde el fraile ignorante y fanático, para el cual la hoguera era tan buena como el sermón en la redención de los

Machado, que como afirmé y demostré en uno de los capítulos de mi libro de 1935, Historia de la Emienda Platt. Una interpretación de la realidad cubana, fué siempre, lo mismo en la revolución libertadora, en su vida política, como en el gobierno, un sujeto de baja contextura moral, y aunque muchos de sus antiguos ^e incondicionales servidores, transformados en revolucionarios, afirmen, para exculpar su servilismo de ayer, que Machado los engañó, ello es absolutamente falso, porque Machado jamás pudo engañar a nadie. Veterano sin relieve alguno en la última guerra de independencia, y, por el contrario, con delictuosos antecedentes personales y de familia como abigeo reincidente y hombre sin escrúpulos para suprimir drásticamente a quienes estorbaran la realización de los propósitos que perseguía, llegó a la presidencia de la República envuelto en inmoralidad tan notoria como fué la compra realizada al Presidente Zayas del apoyo gubernamental en esas elecciones, mediante la entrega de varios millones de pesos que garantizó con pagarés el ricacho español, socio de Machado y suegro de Viriato Gutiérrez Valladón, señor Laureano Falla Gutiérrez; millones que fueron extraídos durante los cuatro primeros años de su gobierno, por el Presidente, de los fondos de la Lotería Nacional. Y comenzó su ^g gobierno Machado apropiándose desde el primer día los productos de ^{las} esas colecturías, ^{de billetes} no solo para cubrir el compromiso contraído con el doctor Zayas, sino también para su disfrute personal y el de sus amigos, correligionarios y congresistas, y asimismo, para sobornar algunos grandes diarios

() Circunstancia digna de señalarse es la de que este Armando André, primera víctima ^{en La Habana,} del terrorismo gubernamental de Machado, fué en la Guerra del 95, iniciador del terrorismo

-según ya referimos en capítulos anteriores-
en nuestra Capital contra la barbarie anticubana de Weyerler, haciendo estallar una bomba de dinamita, en la mañana del

28 de abril de 1896, en los inodoros de la planta baja del Palacio del Capitán General, que sólo produjo ligeros desperfectos en aquel lugar, y días mas tarde, el 13 de junio, colocó otra

en el Puente de Cristina, sin lograr el propósito ahora perseguido: volar la cañería maestra del gas. Y conviene recordar

que estos actos ^{terroristas} de ~~terrorismo~~ constituyen excepciones únicas en nuestras luchas libertadoras del 68 y del 95, ~~masxantoxaquemx~~

~~hkoamcnoxihaaxataxhadaxpmsxonniagmxeccasimam~~ ^{las} que tuvieron, entre otras gloriosas características, la condenatoria repulsa ~~del terror~~ ^{contra}

terrorismo y los atentados personales, ~~comoxloxxaxaxxxxaxaxaxax~~ según ~~acuerdo tomado a propuesta mia por el~~ según ~~en mi libro ~~de 1945~~~~ 13 conclusiones fundamentales sobre la

Lo Congreso Nacional de Historia celebrado en Guerra Libertadora Cubana de 1895, México, 189x 1945 y a propuesta La Habana, el año 1942 (véanse mis libros 1895. mia constituyó 1898. Do Guerras Cubanas, cit., y 13 Conclusiones

fundamentales sobre la guerra libertadora Cubana de 1895, Mexico, D.F., 1945.

habaneros que fueron hasta el mismo día de la caída del dictador, sus más serviles panegiristas.

Pero además, el Machado sanguinario al que tanto se atacó en los dos últimos años de su gobierno, y tanto se guataqueó en los cuatro primeros, y a quien, ya caído, se denigró con las gruesas frases de "el carnicero", "la bestia", "el animal", por aquellos que más lo apoyaron, beneficiándose, comenzó su larga lista de asesinatos a los tres meses exactos de su toma de posesión, el 20 de agosto, en la persona del periodista Armando André, sucediéndose desde esa fecha, ininterrumpidamente, los crímenes cometidos en las ciudades y los campos con obreros y campesinos, así como la aplicación de la ley de fuga a presos comunes. Y cuando se inicia, con motivo de la reforma constitucional y prórroga de poderes, la campaña oposicionista por el Grupo Minorista, de intelectuales y artistas habaneros, estudiantes y por algunos políticos agrupados en la asociación Unión Nacionalista, y la campaña va creciendo y extendiéndose a otras clases y otros sectores de nuestra sociedad, entonces la represión sangrienta de Machado afecta a los estudiantes, periodistas, políticos, y junto a él se agrupan aquellos individuos poseedores, como él, de perversos sentimientos de sanguinaria crueldad, tales como Zubizarreta, Ainciart, Arsenio Ortiz, Crespo, Jiménez, etc., y militares, policías y porristas, caterva de asesinos y de locos que se convierten en dóciles ejecutores de los deseos malvados del dictador o en actores por iniciativa propia de sus perversos instintos.

Machado y su pandilla, asesinaron y torturaron, persiguieron y encarcelaron. El clamor de protesta contra su crueldad cruzó el océano y fué recogido en el mundo entero y su nombre puesto en la picota de la mundial condenación como uno de los más crueles asesinos de los tiempos actuales...

Pero... no puede, a pesar de ello, igualarse Machado con Weyler, aunque Machado sea hijo espiritual de Don Valeriano. ¿Cuántos crímenes realizaría Machado en sus ocho años de gobierno? ¿1,000? ¿2,000? ¿3,000? Aún en el caso de que le abonáramos en su trágico haber de tirano sanguinario 5,000 crímenes, no es posible establecer justa identidad entre Machado y Weyler. Este, sin contar los fusilamientos en consejo de guerra, los fusilamientos en la manigua insurrecta, las penalidades y muertes de los presos y deportados, los asesinatos realizados en los campos y en los pueblos, mató en la reconcentración, según testimonios oficiales españoles, por ya citados en este trabajo, de 300,000 a 400,000 personas.

Y en cuanto al género de muerte aplicado por uno y otro sanguinario gobernante, tampoco puede afirmarse que sean iguales Machado y Weyler, porque si bien es verdad que Machado dió tortor a numerosos estudiantes, obreros y políticos, Weyler aplicó en la reconcentración el máximo tortor de la muerte lenta por miseria, hambre y enfermedades, y martirizó también a prisioneros revolucionarios y a presos políticos. Y si Machado hizo sufrir y persiguió y encarceló a mujeres opositoristas a su gobierno, Wey-

ler se ensañó de manera especial, en la reconcentración, con mujeres y niños, torturándolos y asesinandolos por centenares de millares. Y su cobarde ensañamiento con la mujer y el niño, ya vimos lo comenzó a aplicar desde su estancia en Cuba durante la guerra del 68, en aquellos dantescos episodios que reproduje del artículo de Luis Victoriano Betancourt y en esa otra repugnante página de insaciable crueldad del Jagüey de Cabaniguán.

Como el lector comprenderá, no son vidas paralelas las de Weyler y Machado. No seamos, ni benévolos con aquel ni excesivos con éste. Que cada uno cargue con sus culpas en el grado y forma en que las cometió, que ya tiene cada uno bastante para pasar a la historia de Cuba en sus respectivas épocas, colonial y republicana, como máximos representantes de la crueldad, de esa crueldad que, según ya afirmé, llena las páginas todas del descubrimiento, la conquista y la colonización españolas en Cuba y no ha sido extirpada totalmente, por desgracia en la República.

